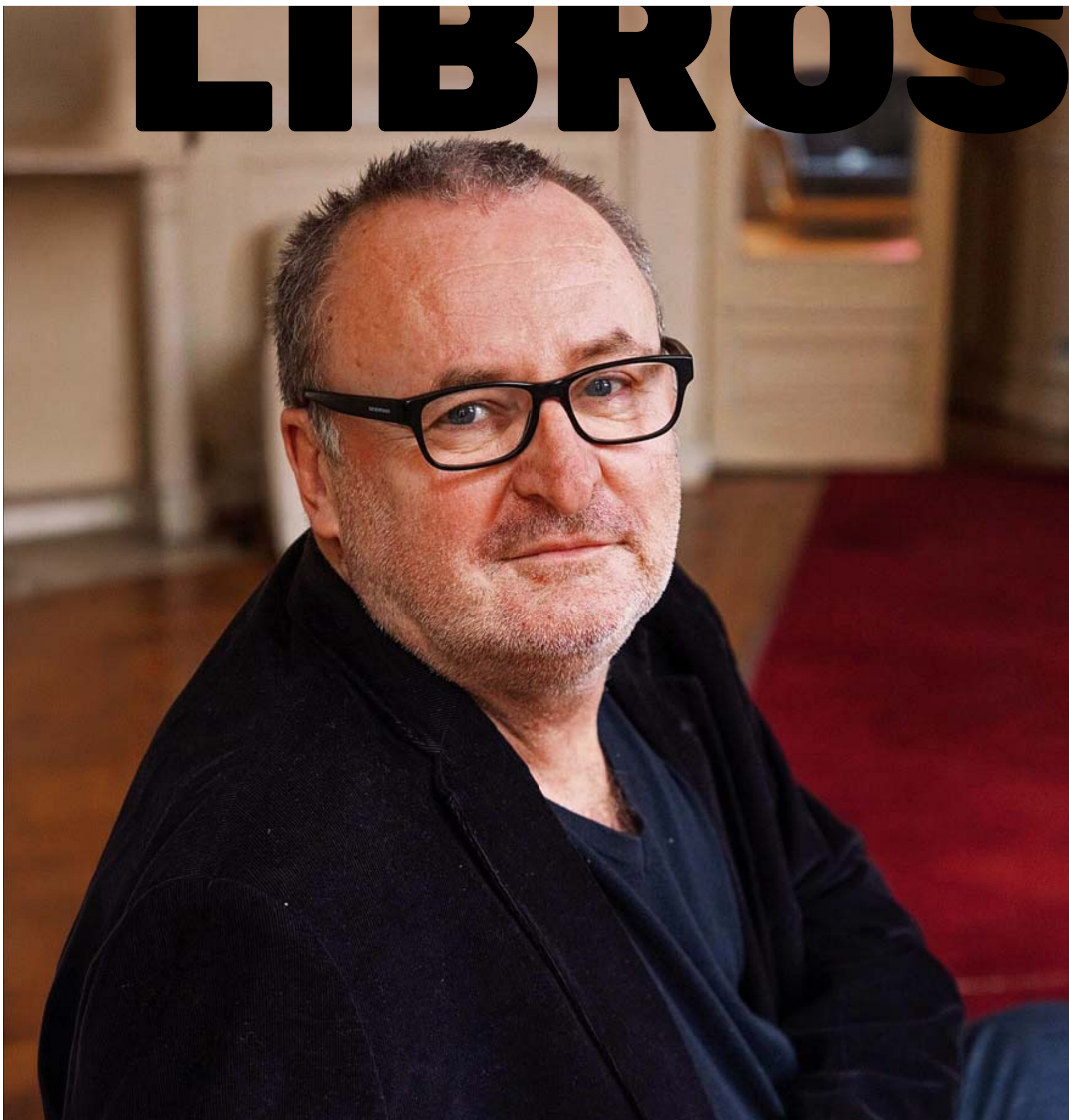


LIBROS



VELIBOR ČOLIĆ

“EL VENCEDOR ESCRIBE LA HISTORIA Y EL VENCIDO ESCRIBE LA LITERATURA”

El escritor bosnio regresa al conflicto balcánico en ‘Guerra y lluvia’, una hermosa novela sobre la memoria de la violencia y la voz de los derrotados. “Supe que era mejor ser un desertor que un cadáver”

Por **Andrés Seoane**. Fotografías de **Francesca Mantovani**

Existen dos tipos de escritores. Los que filtran la literatura a través de su mente, de la reflexión o del pensamiento, y los que la filtran a través de su cuerpo, de las vivencias. Yo pertenezco a la segunda categoría. Por eso la historia de esta enfermedad es la historia de mi memoria». Velibor Čolić (Modrića, Bosnia y Herzegovina, 1964) no tarda demasiado en explicar la llave de su nuevo libro, *Guerra y lluvia* (Periférica), una novela que comienza narrando cómo afecta al protagonista una extraña enfermedad autoinmune y acaba descendiendo hasta las trincheras de la

guerra de los Balcanes, allí donde un joven de 28 años descubrió que la literatura no siempre basta para domesticar el pasado.

Diagnosticado desde hace unos años de *pemphigus vulgaris*, esa extraña enfermedad que afecta a las glándulas lacrimales y se manifiesta a través de unas ampollas monstruosas que aparecen por toda la piel, el escritor la utiliza como metáfora de las huellas de vivir un conflicto como aquél. Durante mucho tiempo, dice, creyó que escribir le permitiría poner distancia con aquella experiencia, convertir el horror en memoria y la memoria en relato. «Pero el cuerpo tiene sus propias leyes. Cuando salió el libro, un periodista belga [Čolić vive desde 2020 en





Bruselas tras años en Francia] me comentó que mi enfermedad había convertido mi cara, mi piel, en un rostro bombardeado. Durante varias décadas sobreestimé la literatura. Pensaba que al escribir podría adaptar la guerra a mi propia perspectiva, podría domesticarla. Pero no fue así. La literatura puede hacer muchas cosas, pero no curar un cuerpo herido».

No es la primera vez que Čolić vuelve sobre aquellos meses de 1992 en los que dejó de ser un joven yugoslavo que soñaba con escribir para convertirse en soldado, después en desertor y, finalmente, en refugiado. Su obra, desde *Manual de exilio* hasta *Los bosnios*, pasando por *Sarajevo omnibus* o *Jesús y Tito*, ha ido levantando una geografía moral habitada por refugiados, desertores, músicos, alcohólicos y supervivientes que intentan recomponer una vida rota lejos de casa. Pero esta novela introduce un matiz, la capacidad de la literatura para conservar una memoria que de otro modo acabaría desapareciendo. «Mis novelas son la prueba de que una guerra nunca termina para quienes la vivieron», sentencia.

Habla despacio, con esa mezcla tan balcánica de ironía y gravedad que atraviesa todos sus libros, y sonríe con frecuencia. Resulta tentador leer la novela como un ajuste de cuentas con la guerra de Bosnia pero, en realidad, Čolić lleva décadas escribiendo contra algo mucho más amplio: contra la épica de las victorias, contra las narraciones nacionales, contra la tentación de convertir el sufrimiento en una medalla. Si toda su literatura tiene un protagonista reconocible no es el héroe, sino el derrotado. «Desde siempre se ha sabido que el vencedor escribe la historia», dice casi como quien recita un proverbio aprendido hace mucho tiempo, «pero es el vencido quien escribe la literatura».

No es una frase ingeniosa, es toda una declaración estética, moral y poética. Por eso en sus libros apenas hay grandes batallas, movimientos militares o estrategias políticas, lo que aparece son hombres escondidos en una trinchera intentando sobrevivir un día más, personas corrientes que descubren hasta qué punto el ser humano puede acostumbrarse a lo insoportable. «Tras mucho reflexionar, he descubierto que si perdemos la paz, inevitablemente tendremos guerra; pero si perdemos la guerra, no siempre tendremos paz». Habla de la antigua Yugoslavia, aunque la idea parece extenderse a cualquier conflicto contemporáneo. «Es curioso pensar cómo a día de hoy, cinco o seis ejércitos ganaron aquella guerra y nadie perdió. Si viajas ahora por los Balcanes, todos vencieron. Ahí reside el gran problema de esa región», lamenta.

La experiencia del derrotado, insiste el escritor, apenas encuentra espacio en los relatos oficiales. «Lo que cuento, porque lo he vivido, es cómo los vencedores se preocupan por las grandes batallas y la gloria, mientras que los vencidos se preocupan por su propio trasero. Si quieres aprender algo de una guerra, escucha siempre a los vencidos». Después, guarda unos segundos de silencio y remata la idea con una frase que resume toda su trayectoria. «Lo que descubrí muy pronto es que es mejor ser un desertor que un

“Es cierto que un libro no puede detener una guerra, pero también que la guerra no puede destruir la poesía”

cadáver». Desertar, rememora una vez más, le permitió aprender una lengua nueva, escribir una decena de libros y reconstruir una existencia que la guerra había hecho añicos. «Sin embargo, un cadáver, como el de mi hermano, que murió en esos años, recibe una bandera sobre el ataúd durante unos minutos y después llega siempre el olvido», recuerda, y sentencia: «Un país que mata a su juventud no merece existir».

Como resulta obvio, en los libros de Čolić no hay heroísmo bélico ni sentimentalismo, pero, aunque no lo parezca, lo que sí hay es muchísimo humor. No se trata, argumenta, de un recurso para rebajar la tragedia, sino

de una manera de hacerla todavía más visible y cotidiana. «Tengo que decir que yo ya era gracioso antes de la guerra», asegura entre risas. «Me gusta defender la idea de que la comedia es anterior a la tragedia. Los seres humanos, desde la Grecia Clásica, tenemos dos cabezas, tragedia y comedia, y convivimos con ambas». Recuerda que incluso en las trincheras había situaciones que provocaban una carcajada involuntaria. «Es cierto que la guerra potencia el sentido del absurdo, lo ridículo; sin embargo, ese punto gracioso no descarta el infierno. Y desde luego está la muerte que, por encima de todo, sigue siendo muerte».

Esa convivencia entre horror y comicidad emparenta su literatura con la gran tradición centroeuropea, desde Hašek y Kafka hasta Kundera, autores para los que el absurdo no es un accidente de la historia, sino una de sus formas más profundas de funcionamiento. El escritor lo explica recordando la reacción de un periodista francés que leyó *Guerra y lluvia*. «Me dijo que era una experiencia completamente nueva. En un momento del libro estaba espeluznado y unas líneas después se reía a carcajadas. Eso, creo, define bastante bien

la condición humana y por eso debe reflejarse en la literatura», defiende.

La paradoja es que, pese a dedicar buena parte de su obra a demostrar que una guerra nunca termina, Čolić no cree que la literatura tenga el poder de detenerla, pues si algo le ha enseñado la experiencia es que ningún libro sirve para frenar una bala. «A menos que el libro sea muy grande», bromea de nuevo. «Es cierto eso de que la literatura no puede detener la guerra, pero también es verdad que la guerra tampoco puede destruir la poesía». No es una contradicción, sino una forma de entender una arte que «no cambia la historia, no impide las matanzas ni devuelve la vida a los muertos, pero conserva la memoria. En los Balcanes tenemos un proverbio que dice: ‘el sabio toma nota de la guerra y el necio la memoriza’». Čolić eligió escribirla, no para convertirla en monumento ni para extraer de ella una lección moral, sino porque las palabras, por frágiles que sean, resisten más que el silencio. «Si no quedan escritas, mueren todavía más deprisa».

Quizá por eso toda su obra esté atravesada por la derrota, nunca por la victoria. «Hasta mi último aliento hablaré



◀
**Velibor Čolić en la
sede de la editorial
Gallimard, en París.**
FRANCESCA MANTOVANI

de los derrotados», asegura, «porque al final comprendí que nunca alcanzaría la inmortalidad, así que me conformé con convertirme en un superviviente». La frase resume una trayectoria marcada por un exilio que nunca presenta como una tragedia, también como una oportunidad inesperada. «El exilio puede ser una segunda oportunidad, no se trata sólo de derrota y tristeza». Y sonrío al recordar una de esas pequeñas conquistas que para cualquiera resultarían insignificantes y para él acabaron convirtiéndose en una victoria íntima. «Nunca olvidaré el día en que terminé de leer *El extranjero*, de Camus, en francés. Cerré el libro y pensé: ‘Acabas de leer tu novela favorita en su idioma original’. Fue un momento extraordinario».

En ese sentido, el pasado no es para él nostalgia. Cuando piensa qué le diría hoy a aquel joven de 28 años que combatía en Bosnia, Čolić no habla de trincheras ni de miedo, habla de libros y se ríe al recordar que de joven estaba convencido de que todos los grandes escritores debían de ser alcohólicos. «Bueno, no todos», matiza, «sólo los mejores». Pero enseguida se pone serio: «Pienso mucho en aquel joven Velibor y le doy las gracias a la literatura por haberme salvado la vida». Quizá ahí resida la victoria que le interesa. Čolić recuerda el instante en que desertó y echó a correr para escapar de la guerra como quien habla de una escena suspendida en el tiempo. «Sentí cómo las manos benévolas de la lluvia me acompañaban. En mi país se dice que un ángel se esconde en cada gota de lluvia. Yo di las gracias a esos 10.000 ángeles que me ayudaron a sobrevivir y justo después me convertí en laico y ateo», remacha, siempre bromista. Ahora, 30 años después, sigue escribiendo no para ajustar cuentas con el pasado ni para buscar una imposible redención, sino para seguir demostrando que, mientras los vencedores escriben la historia, siempre habrá algún derrotado dispuesto a escribir la literatura. ■



GUERRA Y LLUVIA
VELIBOR ČOLIĆ
Trad. de Laura Salas.
Periférica. 256 páginas.
20 € Ebook: 13,99 €

EL LIBRO DE LA SEMANA

¿QUÉ TIENE LA DERECHA QUE DECIR DEL CAMBIO CLIMÁTICO?

En este necesario, crítico y ambicioso ensayo, Toni Timoner y Luis Quiroga, directores del ‘think tank’ Oikos España, plantean propuestas concretas que el conservadurismo y el capitalismo pueden aportar a la emergencia climática

Por David Jiménez Torres

De pocos libros podrá decirse con tanta justicia como de este que es «necesario». Toni Timoner y Luis Quiroga, expertos en finanzas y directores del *think tank* Oikos España, desarrollan en estas páginas una perspectiva liberal-conservadora sobre el cambio climático. Discuten muchos de los planteamientos de la izquierda sobre este tema a la vez que reconocen sus enormes desafíos y aportan propuestas concretas. Su tesis podría resumirse así: la derecha tiene razones para tomarse en serio el cambio climático y es capaz de hacerlo sin abandonar los principios de su tradición ideológica.

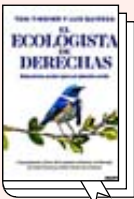
El primer capítulo largo del libro se dedica a explicar por qué el cambio climático «no es como te lo ha contado la izquierda». Los autores critican lo que ven como una apropiación distorsionadora, según la cual la «emergencia climática» solo podría afrontarse desde una perspectiva anticapitalista. También argumentan que algunos criterios derivados de esa perspectiva son contraproducentes: hiperregulación, plazos irreales, sentimentalización del activismo, fantasía decrecentista, rechazo a la energía nuclear... Más adelante explican por qué responder al cambio climático supone «un imperativo económico, social y moral». Reúnen las pruebas de por qué estamos ante uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo, y anclan la respuesta «de derechas» en conceptos como herencia y responsabilidad. Además, argumentan que las respuestas técnicas centradas en el medio y largo plazo se ajustan bien al pensamiento conservador, habituado a «desbordar el horizonte temporal de nuestras vidas».

Esto se complementa con una reivindicación más claramente liberal del mercado y la iniciativa privada, así como de los límites a la acción del Estado. No es una postura maniquea: los autores aceptan que la regulación establece marcos necesarios, pero sostienen que es el mercado quien mejor puede operar dentro de ellos, sobre todo por su capacidad para impulsar la innovación tecnológica que permitirá reducir las emisiones de CO2.

Lo que no hacen los autores, en cualquier caso, es dejar una rendija abierta a lo que describen como un «negacionismo displicente e indolente, que disfraza la inacción de escepticismo, confunde prudencia con parálisis y trivializa la ciencia». Asumir que el conocimiento avanza a base de dudas y revisión de consensos no implica, según ellos, negar la evidencia. Se podrá lamentar que *El ecologista de derechas* critique más explícitamente a la extrema izquierda –que, con sus excesos, al menos se toma el cambio climático en serio– que a una extrema derecha que aún juega con el negacionismo.

Nada de esto quita que sea un libro de enorme interés en cuyas páginas hay una voluntad de pensar, desde una perspectiva madura, en asuntos que no copan los titulares. Porque, pasado el pico del activismo simbolizado por Greta Thunberg y sumergidos como estamos en polémicas más relacionadas con la democracia y el Estado de Derecho, la cuestión climática parece haber desaparecido del horizonte inmediato de los votantes –sobre todo, de los de derechas–. Los autores, sin embargo, animan a no olvidarla y a desarrollar ideas propias para afrontarla, en vez de limitarse a reaccionar a las tesis más extremas.

En este sentido, hay algo paradójico en que este ensayo parezca tan vinculado al Partido Popular –cuenta con un prólogo de José María Aznar y elogiosos «testimoniales» de Núñez Feijóo y García Tejerina–. Por un lado, ensancha saludablemente el discurso de esa formación; por otro, ver este libro solo como un esfuerzo por dotar de contenido a la política climática de los *populares* sería no hacer justicia a su seriedad, inteligencia y ambición. Lectores distintos encontrarán provechosa su lectura, porque propone situar el debate climático en un terreno compartido. ■



EL ECOLOGISTA DE DERECHAS
TONI TIMONER Y LUIS QUIROGA
Deusto. 296 páginas.
19,95 € Ebook: 9,99 €



www.olmedoclasico.es
OLMEDO CLÁSICO



#SOYCLÁSICO@
www.olmedo.es

EN LA VILLA
DEL CABALLERO
17 AL 26
JULIO
2026